

JÓVENES Y PEDAGOGOS



CONTRA LA IMAGEN DE LOS SABIOS UNIVERSALES, ANCIANOS, SÓLIDOS COMO LAS MURALLAS DE PIEDRA, LA SOCIEDAD CATALANA TIENE DERECHO A MOSTRAR UN ESTILO MUY DISTINTO DE PRACTICAR LA PEDAGOGÍA: MONITORES Y MONITORAS DEDICAN LOS FINES DE SEMANA Y MUCHAS HORAS DE SU TIEMPO LIBRE A TRABAJAR CON LOS DEMÁS, A APOYARLOS, A CONTAGIARLES LA ALEGRÍA DE VIVIR.

IGNASI RIERA ESCRITOR

Como preocupan –y mucho!– los jóvenes delincuentes y predelinquentes, los marginados sociales, los toxicómanos, tendemos a olvidar que también existen los demás, jóvenes con empuje y con generosidad a prueba de todo.

No lo tienen fácil, porque han heredado una sociedad difícil, con puntas claras de agresividad: la del “cuello blanco”, o sea la de los jóvenes ejecutivos agresivos, dispuestos a todo para ganar, a costa de quien sea o de lo que sea; y la de aquellos que, desde muy jóvenes, han empezado a ocupar plaza de marginados sociales, a menudo a partir del fracaso escolar, en los grados escolares obligatorios. Insisto en la capacidad simplificadora de los medios de comunicación que se fijan, con obsesiones enfermizas, en los casos más agudos de ambos extremos, sea haciendo apología del joven triunfador, frío, sin escrúpulos, bien preparado, sea haciendo uso de los otros como verdaderos paradigmas de la juventud en general.

Una vez más, debemos afirmar que son mayoría los que no pueden ser adscritos a ninguno de los dos clubes señalados. Entre el sector mayoritario, las cosas no son tan sencillas: estudian –mucho más de lo que lo habían hecho sus padres–, pero saben que les será muy difícil sacar provecho económico de lo que han aprendido, porque el mercado de trabajo

estable es escaso y les espera un itinerario áspero, desde un punto de vista laboral.

El grueso de los jóvenes ha nacido en una sociedad televisiva, en la que los horarios los marcan las horas de inicio de las teleseries. Se dan cuenta de que a los mayores les afecta más la teledicción que a ellos. Les gusta la música, que se ha convertido en un lenguaje universal, en un verdadero punto de encuentro. No viven el sexo desde la óptica del tabú, de las prohibiciones ni de las obsesiones enfermizas. Con todo, la presencia del sida les ha hecho actuar con mayor cautela. Una característica común de esta juventud no noticable: no tienen dinero o tienen demasiado poco. Mejor dicho: si tienen es porque sus padres se lo dan. Pero les resulta muy difícil ganárselo. Esto no lo habían experimentado los padres: desde jovencísimos, se habían puesto a trabajar, a menudo en malas condiciones laborales y con sueldos de miseria. Pero ganaban dinero. Y esto les hacía ser más autónomos. Proyectaban la vida a partir de esta constatación: “si sigo trabajando, ganaré lo suficiente y me podré emancipar”. Ahora las cosas no son así. Alguien lo aprovecha para denunciar la inmadurez creciente de esos jóvenes que dependen demasiado de los padres. ¿Quién les ofrece una solución más adulta? He insistido en este último punto para aclarar que los jóvenes de ese colectivo que se

dedica a iniciativas sociales a favor de la comunidad, y que inicialmente lo hacen *gratis et amore*, pensarán, algún día, que sería normal que pudieran vivir gracias a la labor social que realizan. Lo teorizan —y creo que tienen razón— aludiendo al “salario ciudadano”: el valor añadido a su trabajo no se concentra en un producto que el mercado valora más, sino en el bienestar de toda la sociedad. Es decir: si el trabajo solidario de un joven aporta beneficios a la sociedad, ¿es absurdo pedirle a la sociedad que lo remunere económicamente? Se trata de un debate demasiado clandestino, hoy en día. Los que hacen apología del voluntariado suelen partir de un esquema distinto: el del profesional que se gana bien la vida y cede una parte de su tiempo libre para hacer más felices a los demás. ¿Podría, tal voluntario, ser voluntario si no tuviera trabajo estable?

Pero antes de los planteamientos económico-laborales, mucha gente joven se compromete efectivamente en trabajos solidarios. Aporta mucho y, al mismo tiempo, aprende mucho. Si antes, bajo la dictadura del general Franco, muchos jóvenes se organizaban para luchar contra un régimen sin libertades políticas, ahora el colectivo se organiza a favor de las libertades y de los derechos de los demás, del Tercer Mundo o del Cuarto Mundo. Se organizan, también, en colectivos que practican la objeción de conciencia para no cumplir el servicio militar, y sí la Prestación Social Sustitutiva o servicio civil alternativo (y legal). Otros se declaran insumisos, se arriesgan a ser encarcelados, llevan a cabo campañas propagandísticas para defender sus ideas. El número de objetores de conciencia y el número de insumisos crecen en Cataluña. Son importantes, asimismo, los colectivos ecologistas: desde los antinucleares hasta los que participan en la limpieza de bosques y playas.

Empieza a haber más y más jóvenes en trabajos de voluntariado social, por ejemplo los que visitan a ancianos que viven solos, a los que ayudan en la limpieza de casa, en la cocina, la higiene, e incluso les llevan de paseo por las calles de la ciudad o les ponen en contacto con centros de acogida o centros de día, donde los ancianos son atendidos todos los días laborables.

La sensibilidad por el Tercer Mundo crece: la Universidad de Barcelona acaba de poner en marcha (marzo de 1996) la Fun-



dación para la Solidaridad, que coopera con movimientos de solidaridad estable, como Médicos sin Fronteras, o de ayuda a los refugiados (ACNUR).

El último colectivo —el último y no el más pequeño— es el de los monitores para el deporte infantil, para los centros recreativos (u organizaciones de ocio infantil, fuera de la familia y de la escuela), que asume organización de talleres,

la), que asume organización de talleres, cursillos, salidas durante el año, campamentos de verano. Los jóvenes-pedagogos, en esta hipótesis, aprenden enseñando y enseñan aprendiendo. La ignorancia oficial de los que se limitan a explicar que la juventud vive “desnortada”, sin objetivos en positivo, es de una injusticia indignante. ■

